

OTRAS RAZONES

¿QUIÉNES TRIUNFARON?

Es un hecho de experiencia que el triunfo histórico de los idearios políticos no suele coincidir con el triunfo vital y personal de los creadores de esas mismas ideas políticas. Quizás el ejemplo más importante lo tengamos en Solón: siendo el antecedente más importante y más fundamental de lo que será un siglo después la ruidosa democracia ateniense, sus reformas, sin embargo, no tuvieron ningún éxito en prevenir los terribles disturbios sociales que acaecieron, y ni siquiera pudieron impedir el triunfo de la tiranía pisistrática. Pues bien, desde hace ocho años veo en mi querido amigo y maestro Antonio García-Trevijano al Solón español de la Democracia - no «ésta», claro -. La creación de la Junta Democrática representó sin duda la mejor herramienta revolucionaria para, por una parte, liquidar por completo las instituciones del Estado agonizante y, por otra, iniciar «desde la sola fuerza revolucionaria del pueblo» los trabajos para la instauración de la libertad política en España, con una nítida separación de poderes y un perfecto régimen de representación de los ciudadanos, que conllevará la responsabilidad total y absoluta de las acciones de cada gobierno, sin que este se viese precisado nunca a pactar con minorías voraces para mantener una siempre mayoría inestable. El impedir que la libertad fuese otorgada a fin de tener que ser conquistada y arrancada al poder tiránico y decrepito, única forma política de no gozar de unas libertades que en tantas ocasiones hemos visto precarias, sólo podía conllevar una ruptura patente con el régimen militar vigente. Los Partidos y los independientes que integraban la Junta Democrática se encontrarían al frente de un gobierno provisional, con un programa de acción constituyente de la forma de Estado y de Gobierno, que terminaría en la elección del primer gobierno constitucional. Sólo el pueblo elegiría la forma de Estado y de Gobierno durante ese período constituyente. Pero Antonio García-Trevijano, lo mismo que le ocurría a Solón, no ha tenido éxito con sus estrictos contemporáneos, y la Junta Democrática no pudo impedir que se mantuviese la confusión de los poderes del Estado, siervos los tres del comité de la nueva clase dominante juancarlista, ni pudo tampoco conseguir que la forma de Estado y de Gobierno fuese elegida directamente por el pueblo español. Suárez, el Merlín del último borbón supo usar un ignoto grimorio para que mediante un arte de birlibirloque convertir el franquismo último, de la noche a la mañana, en una Monarquía Parlamentaria. Mejor mago que sus compañeros de nobleza el marqués de Villena y el conde de Villamediana, este Duque moderno ha entregado a la posteridad boquiabierta el mejor encantamiento político que se conoce.

Sin embargo, estoy convencido de que el vigoroso pensamiento político de García-Trevijano ha de tener una utilidad fundamental en las nuevas formas de Estado y de Gobierno que necesariamente ha de traer la Historia. Particularmente me gus-



tan los pensadores que, como Solón y Trevijano, se implican fraternalmente en las necesidades de su época, que como hijos del tiempo se manchan de su tiempo. Y abomino a aquellos «listos» para los que cuando sobreviene una batalla, en lugar de ayudar a sus compañeros ideológicos o simplemente a los buenos compatriotas, se ponen a recrearse en el sangriento espectáculo del combate; tiran las armas, se alejan del peligro, enristran el lápiz, cogen un trozo de papel y proceden a dibujar el campo de la liza, cómodamente sentados en una sillita plegable. Es cierto que, por una parte, la ambición mezquina y chata de los ruines dirigentes de los Partidos, y por la otra, el grimorio de Suárez, que volvió romos y obtusos a individuos inteligentes, abrieron la puerta a la oligarquía política y las cerraron a la anhelada Democracia; pero no se pueden poner diques a la libertad. Solón trunfo un siglo después de la exposición de sus reformas. Y la Junta Democrática nos enseñó con su ejemplo que es una exigencia moral la fidelidad a nuestras ansias de libertad.

Martín-Miguel RUBIO ESTEBAN

LA INFORMACIÓN ANTITERRORISTA

Por fortuna, en España hay excelentes profesionales en las Fuerzas de Seguridad del Estado que, por encima de cuestiones de imagen, buscan la eficacia. Ayer lo contaba «El País», al reflejar que el general Faustino, que manda en el Servicio de Información de la Guardia Civil, había ido a la cárcel a visitar al general Galindo. Faustino sabe que Galindo, encarcelado o no, es uno de los hombres que más saben del mundo del terrorismo, por lo que se había convertido en el enemigo número uno de Eta. Independientemente de cualquier otra consideración, el general Galindo, que detuvo a 110 comandos de Eta, sería ahora una

ayuda inestimable contra la banda. Si se consulta a Galindo, Eta puede temblar. Pero, además, lo que «El País» no cuenta es que también se está aprovechando información de antiguos cargos de Interior, porque su contribución puede ser fundamental en la lucha contra Eta. Tienen razón quienes ponen en juego todos los resortes posibles para hacer frente a la mafia terrorista. Naturalmente, eso escandalizará a algunos, presos de fobias, pero tal vez sirva para reivindicar cuanto de bueno tuvo la lucha antiterrorista en el pasado, que también lo tuvo.

Juan BRAVO



A PROPÓSITO DEL TEMA VASCO

El hombre y sus circunstancias. La historia y su desarrollo. Herencias genéticas, herencias filosóficas, políticas. No vivimos tiempo de ilustración. Se guerraba en España por cuestiones regias, por fanatismos religiosos o fronteras malditas. Fue muy largo el período de las sombras. Hasta la risa se mató mientras crecían la corrupción y la picaresca. Se quemaban libros y se desarrollaban espúreas fortunas. Florecieron el arte y la literatura pero se marchitaban las ideas angostadas por fanatismos de una y otra índole. Y sobre todo: prohibíase un diálogo esencial para el ser humano, la libertad: el diálogo de la ilustración. Como escribe Kant: «Nuestra época es, de modo especial, la de la crítica. Todo ha de someterse a ella. Pero la religión y la legislación pretenden de ordinario escapar a la misma. La primera a causa de su santidad y la segunda a causa de su majestad. Sin embargo, al hacerlo, despiertan contra sí mismas sospechas justificadas y no pueden exigir un respeto sincero, respeto que la razón sólo concede a lo que es capaz de resistir un examen público y libre». Pueblos sin ideas ni canciones, cazurros mantenedores del pan y circo, símbolos y concentraciones, martillos



de diferencias. Nunca buscamos iluminar lo oscuro, preferíamos sumergirnos en las tinieblas, huíamos del abrazo de la luz por mucho que nos hiriera, que derramara la sangre siempre inocente y sacrificada. Y los fanáticos alzaron

sus altares allí, donde la picota colgaba los cadáveres del diálogo y la tolerancia.

Nuestro pasado sombrea nuestro presente. Hogueras, cantos militares, cruzadas, asonadas, curas trabucaires, hoscos guardias civiles. Aldeas encerradas en valles para lobos que se niegan a recibir el aire exterior. Imperios de malolientes habitantes como sepulcros que espolvorean sus trajes con falsos oropeles y migajas que su hambre disfracen. Y matamos, matamos. Guerras internas, guerras coloniales. Obsesión por la casa ajena frente a la propia. Mientras el Gran Imperio impone su lengua, usos y razones económicas y políticas, aquí se juega con la vida como si de verdad se mandara en algo. Más tiros. Cárceles y fusilamientos, el viejo llanto sobre casas que ni el dolor de los vecinos comparten. Urogallos-curas o espabilados políticos, ahitos de odio, ambición y dogmas. La casa propia se oxida y desguaza y el político golpista o el que persigue la pureza étnica —¡qué aberración en la era del no pensamiento!— o el que habla de marchitos imperios edificados sobre el aplastamiento de las culturas y los pueblos, se alzan frente a la palabra. Si no existió diálogo ayer, nunca —expulsiones, cruzadas, carlistadas, fascismos— ¿cómo vamos a dialogar hoy? De Zumalacárregui a mayor Oreja: todo menos aceptar la diferencia. No hay mayor intolerante que aquél que en nombre de la libertad niega el diálogo y se erige en árbitro de la intolerancia. Como escribe Gerard Vilar en *La razón insatisfecha*: «No se tiene razón por dar fuertes puñetazos sobre la mesa, por levantar la voz o por apuntar al otro con un arma. Esa razón, si acaso, la llamamos la razón de la fuerza».

Y un día, esperemos que no muy lejano, algún escritor o cineasta dirá en su obra: yo tampoco encontré vascos felices. Y la risa que se nos congeló en tiempos del franquismo bajo la siniestra figura del Vengador, también va desapareciendo de la tierra que se asienta entre umbríos valles y acantilados de ensueño.

Porque es más fácil demonizar que comprender. Asustar que dialogar. Matar o encarcelar que intentar comprender las razones del otro. No, insistimos, no dialoguemos, aunque pasen otros cinco siglos. Lo nuestro es gritar, dar puñetazos en la mesa, asesinar al que desprevenido se pilla, ser consecuentes con la vieja historia. Abajo la palabra, la razón: que hablen las pistolas, que se agranden y cierren todavía más las cárceles. Porque además, si un día desaparece este tema, ¿qué sería de nosotros, los profesionales de la política, los profesionales de las tertulias, los profesionales de las guerras, los que carentes de ideas para construir sólo arrastran la vieja maldición de la destrucción, el fanatismo, la Verdad con mayúsculas?

Andrés SOREL